

Capítulo 1

ARES, AZOTE DE MORTALES

Bajo la lluvia que ocultaba el último aliento del día, un hombre de fuerte complexión y altivas grebas avanzó firme, pisando el barro y los sucios charcos de las callejuelas de aquella humilde aldea sin nombre ni saber. Envuelto en una enorme capa gris, deshilachada y de largos penachos al viento, cubría su rostro ante el frío que todo azotaba. Tan solo las pobladas cejas y unos ojos azules como el hielo marino, entrecerrados, quedaban al amparo de miradas indiscretas.

A su paso, mujeres de vestimentas rasgadas y pies descalzos salían corriendo; unas ocultando sus rostros, otras tirando de sus hijos de pelos alborotados. Los varones empuñaban hoces y estacas, tragando saliva, limpiando el cobarde sudor de sus manos en las pieles que vestían. Nadie se atrevió a cruzarse en su camino. Y todos se retiraron bajo cutres techados de madera, sin perder la vista de aquel personaje, el cual paró ante los portones de una tosca posada, frente a la prepotente guardia atlante que se distraía a golpes y risas con un joven de desaliñada compostura.

El capitán, un hombre de ancho pecho bronceado y adornado yelmo, se posó ante el extraño. Le observó con desprecio desmedido y ladeó su lanza de afilada pica.

—¡Alto! —espató el capitán, dirigiéndose hacia el recién llegado.

Tras él, anduvieron cuatro lanceros, tan altivos y expectantes como el oficial.

El joven desaliñado aprovechó el momento y salió huyendo, llorando.

—¿No oíste? ¡Muestra quién eres! —insistió el capitán.

Aquel desconocido alzó su rostro penetrante y escudriñó con una mirada curiosa las enormes nubes grises que todo lo cubrían, mientras las gotas de la incipiente lluvia salpicaban en su cara. Después, giró levemente la cabeza, con un gruñido disconforme. El tremendo golpe de la colosal maza que portaba bajo la capa saltó el yelmo y reventó la cabeza del capitán. Antes de que cayera al suelo, lo enganchó del cuello con la otra mano para observar aquella cara deformada, con un ojo fuera de la cuenca y el cerebro desbordado.

—¿Acaso importa? —respondió con una voz ronca, tenebrosa, y soltó a su víctima, como si nada fuera, ante el estupor del resto de la guardia.

—¡Maldito!

—¡Te arrancaremos las tripas!

—¡Y tu soberbia! —gritaron los lanceros, conforme se abalanzaban sobre él volcando las afiladas picas hacia delante.

Sin decir una palabra, el salvaje guerrero se volvió hacia la derecha para esquivar las dos lanzas que buscaban su vida. Y de un solo golpe, con su enorme maza, aplastó los dientes y el pecho de los lanceros que las portaban. El primero de ellos cayó sin mentón, con las muelas hundidas en la base superior del cráneo; el segundo quedó boca abajo, dando agónicos espasmos, con los pulmones reventados y escupiendo sangre sin parar.

Sin que los demás adversarios pudieran advertir los rápidos movimientos del desconocido, aquella terrible arma volvió a golpear duro, por dos veces, cabeza y lomo, manchando de espeso rojo y acabando de inmediato con aquel singular enfrentamiento.

De los hombres que observaban bajo los techados y entre los endeble postigos de las ventanas, ninguno dijo nada y todos corrieron a buen resguardo, con sus mujeres e hijos.

Aquel poderoso guerrero guardó su maza bajo la capa y continuó su camino, pisando los muertos como si bultos de tierra fueran. Se posó ante el sucio escalón de piedra que daba forma a la

entrada de la posada. Un tremendo trueno retumbó en el cielo y el rayo del todopoderoso Zeus se estrelló entre sus pies manchados de barro y sangre. Inamovible, permaneció firme, sin ofrecer un leve gesto ni desviar su atención.

La lluvia arreció con más fuerza, hecha tormenta.

—Hum... —gruñó de forma tosca.

Seguidamente, apretó los dientes y con una brutal patada arrancó los goznes e hizo astillas el carcomido portón.

Sobresaltados, los capitanes y soldados, que permanecían confiados al calor de la chimenea, dándose al placer de la carne caliente y el dulce vino, acompañados de gratas mujeres y refinados efebos, ladearon la pitanza para ponerse en guardia.

—¡Cómo osas!

—¡Maldito salvaje!

—¡Ha reventado el portón como si fuera de paja! —dijeron unos y otros.

—¿Qué pretendes tú, hombre salvaje, entre oficiales y hombres de rango? ¿Acaso limosna u ofrecerte a nuestro glorioso ejército? —preguntó un capitán, el más veterano.

—Ares, azote de mortales; ese es mi nombre y rango. Vengo a arrebatáros la vida, orgullosos atlantes que mi tierra humilláis —dijo el extraño, con voz poderosa, rasgada, mientras se liberaba de la capa, mostrando su hermoso cuerpo, esculpido como el de un dios de mármol y marcado por las cicatrices de cientos de batallas.

Y agitó la gran maza de lado a lado, ante aquellos que le miraban perplejo.

LOS HIJOS DE POSEIDÓN

Más de veinte mil soldados acampaban en los valles de Ática ante la gloriosa polis de Atenas. Las hogueras se avivaban hasta el cielo con la incesante leña y el fin de la lluvia. Los tonos vivos del amanecer anunciaban una hermosa mañana, la de una gran victoria sin igual. El ejército atlante había recorrido medio mundo desde que partiera de las lejanas costas de Occidente, atravesando la Camarga y las tierras de Tirrena, hasta alcanzar el corazón del imperio aqueo. En su tortuoso camino había conquistado y sometido pueblos y gentes, sin hallar rival digno para las picas de sus lanceros.

Argan, rey de reyes, señor de todos los reinos de Atlanta, avanzó altivo como un dios, con el rostro imperturbable, su cuidada barba y la resplandeciente corona que adornaba su melena negra. Vestía lujosas prendas, suaves y cómodas, cubiertas por la magna capa púrpura imperial. Alhajas y brazaletes de oricalco adornaban sus brazos. En su mano, asido con fuerza, el largo cetro de Poseidón: oro puro en su barra, cabeza del dios en argétea y ojos ámbar vivo como el fuego. A su lado le acompañaba Epolis, hombre cabal de larga barba, sumo sacerdote, consejero real y mejor amigo.

Tras ellos, una aguerrida guardia les escoltaba.

—La batalla será dura, los hijos de Atenea no son soldados cualesquiera —aseguró Epolis—. Deberíamos estudiar mejor su número, sus debilidades... Poco sabemos para guerrear así, confiando solo en nuestro orgullo y valor, mi señor.

—Los exploradores auguran una gran victoria. No temas, mi buen amigo, todo saldrá como debe —aseguró Argan.

Frente a ellos aparecieron el rey Azaes y el rey Amferes, ambos hermanos y de igual apariencia. A su lado, llegaron el rey Més-tor y la reina Treita, que se alzaban con orgullo desmedido. Él era un hombre corpulento, de redondeada cara y ojos pequeños. Ella, mucho más joven, se vestía de largos velos recogidos sobre su cintura y contorneaban con estilo una hermosa figura que le gustaba mostrar en demasía.

Los reyes Evemo, Mneseo y Diáprepes debatían al calor de la hoguera, a la entrada de la carpa de campaña erigida para la Corte. A la izquierda se situaba el rey Llanós, un hombre de rostro enjuto y mano dura, el cual les observaba con cierto desdén, acariciando el muslo imberbe de Ganímedes, su fiel erómeno de adolescente belleza.

Tras las formalidades y mostrado el debido respeto, los monarcas de los reinos de Atlanta avanzaron hasta el interior de la carpa, donde debatirían con ardor la empresa que les había unido y recordarían el destino de cada uno de ellos en la batalla final.

De pronto, un oficial de la guardia penetró en la carpa y recorrió su interior con urgencia. Le acompañaban dos lanceros de la compañía de exploradores.

—Mi rey, es importante —se presentó el oficial ante Argan.

El rey de reyes les observó un tanto extrañado. Les vio cansados, extenuados por la carrera; y ambos exploradores se lanzaron a sus pies ante la expectación de los presentes.

—¡Alzaos! ¿Qué nuevas son esas, tan importantes como para interrumpir esta Corte de Soberanos? Hablad —ordenó Argan.

—Mi rey, somos portadores de trágicas nuevas —afirmó uno de los exploradores, con ojos exaltados.

—En la pequeña aldea, allá donde los nuestros acamparon la avanzadilla... —dijo el otro, recuperando el resuello de su agitada respiración.

—Anoche fue, a todos nuestros valientes mataron —interrumpió su compañero.